

## MEMORIAS DE BREDA

Don Alberto

### LA RENDICIÓN DE BREDA-DIEGO RODRÍGUEZ DE SILVA Y VELÁZQUEZ

Aquel frío amanecer en Breda jamás se borrará de mi memoria. Me llamo José de Rojas y fui soldado del ejército de Ambrosio Spínola.

Hacía meses que sitiábamos la ciudad, esperando su rendición. Nos envolvía un frío intenso, la falta de comida nos tenía decaídos y llevábamos semanas sin dormir. Los días, en ocasiones, eran interminables y nos sentíamos perdidos, desorientados. A pesar de todo, seguíamos adelante, con determinación y esperanza.

Tras una noche larga y silenciosa, el sol apareció brillante y con un esplendor inusual, distinto a cualquier otro amanecer que hubiéramos visto. La luz iluminaba tanto el campamento como nuestros rostros, cubiertos de suciedad y cansancio. El viento parecía desplazarse más lentamente, como si respetara ese momento. Todo estaba en calma, únicamente se escuchaba el canto delicado de los pájaros y el leve relincho de los caballos.

De repente, el campamento se llenó de murmullos: Justino de Nassau, líder de Breda, había pedido hablar con Spínola. Para nosotros eso solo podía significar una cosa, y era que la ciudad no tardaría en rendirse.

Sabíamos que no se trataba de un día cualquiera, de aquellos en los que solo importaba sobrevivir. Ese día, todos sentíamos que algo importante iba a suceder. Hasta los más infelices del campamento parecían asombrados, aliviados por fin, y se abrazaban. Yo, en cambio, observaba a lo lejos cómo Spínola deambulaba, analizando la estrategia del oponente. Sentía una gran admiración por él; era un líder valiente, ambicioso e inteligente.

Mientras me preparaba para formar junto a los demás soldados, noté que mis manos estaban heladas y el uniforme seguía cubierto de barro. Intenté arreglar mi ropa, pero fue casi imposible. La capa estaba hecha pedazos, las botas repletas de agujeros y el rostro cubierto de heridas y suciedad. Supongo que todos estábamos igual: agotados y sucios. Después de tanto tiempo en aquel lugar, ni siquiera recordaba cómo era estar limpio y seco. Echaba de menos mi hogar, la chimenea encendida, un buen baño caliente y el cariño de mi gente. Cerré fuerte los ojos y pude

oler el guiso recién hecho de mi madre, escuchar los ronquidos de mi padre y las voces de mis hermanos corriendo descalzos por la casa. De repente, el viento helado y el relincho de los caballos me hicieron volver a la realidad.

A lo lejos, saliendo de la ciudad de Breda, aparecieron los soldados holandeses. Avanzaban lentamente, con las banderas caídas y los rostros cansados. Se escuchaba el crujido de sus botas llenas de barro y el ruido de su armadura desgastada. Se notaba que habían sufrido mucho: estaban famélicos y maltrechos. Algunos estaban muy delgados, al borde del desmayo; apenas podían mantenerse de pie. Sin embargo, continuaban su marcha con dignidad. Me quedé sorprendido al observarlos, porque, aunque eran nuestros enemigos, parecían compañeros compartiendo su sufrimiento.

Spínola avanzó hacia ellos. Tenía el paso firme, pero sin un ápice de soberbia; todo lo contrario, sentía respeto y admiración hacia quienes habían luchado con valentía. Sus gestos transmitían calma, pero también firmeza, seguridad y fuerza.

Justino de Nassau y Spínola conversaron largamente, tratando de llegar a un acuerdo para evitar más sufrimiento. Fue una conversación seria y cargada de tensión, con miradas firmes y silencios eternos. Nosotros, los soldados, solo podíamos esperar inquietos, con el corazón acelerado y las manos sudorosas.

Cuando Justino de Nassau finalmente entregó las llaves de la ciudad, un silencio inmenso nos envolvió. La rendición había sido aceptada. Parecía que el tiempo se había detenido, y supimos que lo mantendríamos en nuestra memoria para siempre.

Más tarde, los soldados de Breda comenzaron a retirarse. Pasaban cerca de nosotros, en silencio y cabizbajos, con los pasos apagados. Vi a un soldado de mi edad y le ofrecí un trozo de pan; me miró con una extraña mezcla de sorpresa y alivio. Se parecía a mí: el rostro endurecido por el miedo y el hambre. Seguramente había vivido momentos difíciles y solo deseaba regresar a su hogar.

Mientras los demás continuaban su camino, comprendí que la guerra es mucho más complicada de lo que creía antes de alistarme. Entendí que había respeto incluso entre adversarios, un dolor común compartido en cada mirada. El enemigo también tenía miedo, frío y hambre. Y cansancio. Mucho cansancio.

También comprendí que la guerra no solo se gana con armas, sino con constancia, paciencia y estrategia. Cada paso, cada espera, nos había llevado a ese lugar y a ese momento. Estuve reflexionando un buen rato y sentí que algo dentro de mí había cambiado. Supe entonces que había madurado de golpe. Mi adolescencia había quedado atrás, desvaneciéndose como la pólvora. Ya no era ese chico joven que había llegado lleno de dudas y temor ante la guerra. Había crecido y había aprendido lecciones que ningún libro podría enseñarme.

Recuerdo que no fue la rendición lo que más me impactó, sino la calma que siguió después. Era un silencio tan profundo que resultaba sobrecogedor. Parecía como si el enemigo estuviera buscándonos y aprovechando cualquier momento de descuido para atacarnos de nuevo, sin posibilidad de defendernos.

Finalmente nos dimos cuenta de que todo había terminado. El sol brillaba alto, y el cielo estaba totalmente despejado. Me senté en el suelo lleno de barro y respiré hondo. Sentía una combinación de alivio y felicidad. Pensé que echaría de menos también los momentos de descanso junto a la hoguera, por la noche, con los compañeros, contando historias o intentando calentar las manos.

Muchos de nosotros estábamos quietos, confundidos. En mi caso, estuve tendido en el suelo, lleno de barro y suciedad, un buen rato, observando cómo la vida iba volviendo a la normalidad. Miré la entrada de la ciudad. No se oía ningún ruido, las casas estaban cerradas, no había nadie por las calles. Solo el viento moviendo hojas secas por el suelo, como limpiando el rastro de la guerra.

Nos dirigimos a pasar la noche en una posada mugrienta de Breda. Era una casa de madera y ladrillo. Los suelos eran de madera también y crujían a cada paso que dabas; las paredes estaban llenas de grietas y manchas de humedad. Las habitaciones eran pequeñas y oscuras, y las camas de madera con unas mantas desgastadas, que apenas cubrían los pies del frío. Se trataba de un lugar sucio, pero después de tantos meses en el campamento, me pareció cómodo. Una vez en la cama me sentí extraño, tenso. Era como si una parte de mí siguiera en el campamento, esperando órdenes.

Varios soldados regresamos a nuestro hogar, después de tantos meses alejados, con tanto sufrimiento vivido. Otros fueron trasladados a nuevos destinos. Para ellos, la guerra no había terminado.

Años más tarde, ya siendo un anciano sin apenas memoria, un día soleado contemplé el cuadro *La rendición de Breda*, de Diego Velázquez. Me quedé observándolo un buen periodo de tiempo, prestando atención a todos sus detalles. Mis ojos recorrían cada rincón del lienzo, fijándose en los colores, los pliegues, las miradas de los soldados. Casi me envolvía el olor de los caballos, la pólvora, el sudor y la tierra húmeda. Entendí que no se trataba solo de pintura, había vidas, esfuerzo y valentía. Cuanto más lo observaba, más revivía esa escena.

En esa obra se encontraba gran parte de lo vivido: las banderas, el barro, el gesto tranquilo de Spínola, la firmeza de Justino. Aunque yo no aparecía en el cuadro, sentía que formaba parte de él. Era parte de mi historia; yo había contribuido a ese gran momento. Con mi cansancio. Con mis temores. Lo había presenciado. Cada detalle del cuadro que no había percibido antes me transportaba de nuevo a ese día. Sabía que, aunque mi memoria se fuera desvaneciendo y mi mente ya no recordara rostros ni gestos, ese lienzo siempre me devolvería a aquel momento.

Y, sin embargo, tal vez, después de todo, no sucedió exactamente, así como lo he contado. Quizás mi mente lo ha cambiado con el paso del tiempo. Pero lo cierto es que siempre lo recuerdo igual: dos estrategas fatigados, firmes pese a todo, y los soldados alrededor, en silencio, presenciando un momento histórico. Un instante marcado por la tensión, el honor y el valor.

Aunque solo fui un soldado más, me gusta pensar que estuve presente para ser testigo y poder contar mi historia: la de un joven que estuvo allí, que creció, sintió y aprendió a valorar la vida.

